

El cabello como un problema estético en la invasión de América

El impacto del choque entre las dos culturas en el tiempo de la invasión europea en América produjo una cantidad de mal entendidos y asombros que eventualmente sólo incrementaron la tensión entre ambas culturas. Entre estos, probablemente el de mayor impacto visual a través de todo el continente americano fue uno de aspecto puramente estético: El cabello. Cuando se informaron los americanos que en su territorio «habían entrado unas gentes nuevas nunca vistas ni conocidas, que tenían pelos en la cara,... que venían encima de animales muy grandes, que sabían hablar y daban grandes voces, pero que no entendían lo que decían»¹, su mundo se detuvo al considerar la llegada de estos seres raros. Desde el choque cultural de la invasión se han escrito abundantes libros y artículos sobre la visión europea, pero poco se ha hecho sobre la visión americana de ese primer choque visual explosivo. ¿Cuál fue entonces el efecto estético de esta primera visión americana hacia estos seres pálidos, hablando un extraño idioma y virtualmente cubiertos de cabello, montados en raros animales cabelludos también?

Interesa aquí entonces la primera impresión americana al enfrentarse por primera vez a estos seres raros que llegaban a sus tierras. Además de las armas, el caballo y otros elementos nunca antes vistos, fue el cabello un tipo de barómetro indoamericano que determinaba su primera impresión estética de los extraños que los invadían. Conviene considerar la visión americana en vista de que los cronistas de la invasión registraron que ellos eran estéticamente plácidos ante los indoamericanos. Se buscan aquí, de esta

1. Juan Rodríguez Freile, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, ed. Jaime Delgado, Madrid, Dastin, 2000, pp. 72-73. El jefe Bogotá fue informado de su llegada mientras preparaba su guerra en contra Guatavita. Todas las traducciones del inglés al español y todas las cursivas para indicar énfasis son mías.

manera, las primeras impresiones de los primeros encuentros visuales entre las dos culturas y la reacción americana hacia estos invasores cabelludos en estos primeros momentos de la invasión. En vista de que este primer choque cultural entre europeos e indoamericanos ocurrió a lo largo del continente y en diferentes siglos, no se busca una cronología del encuentro, sino una primera impresión general entre los americanos del continente que apunte hacia una consistente visión estética americana de aquella época sobre el cabello.

Un recorrido de las crónicas de América señala hacia una gran cantidad de diversas opiniones sobre el cabello a lo largo del continente americano. Aunque la mayoría de los choques culturales sucedieron en diferentes fechas y lugares, todos apuntan hacia una marcada visión americana de esos seres cabelludos que invadían sus tierras. De modo que aunque «nadie sabe cuándo la gente de los llanos del norte se encontraron por primera vez con los europeos», sí sabemos que en una ocasión un Arikara, «vio a dos *hombres caras pálidas y con barbas* a finales del siglo dieciocho» y estaba «tan sobresaltado que corrió pensando que *debían ser 'gente misteriosa, quienes tal vez habían salido de la tierra o del cerro.'*»² La inmediata apariencia de estos seres raros en este encuentro desubicó por completo a algunos americanos al grado de no querer contar a estos hombres pálidos entre ellos como seres “normales”. El efecto en este primer choque estético fue obviamente negativo y nada placentero.

Aunque el contenido de este caso parezca datar del siglo XV con Colón en la destrucción de las Antillas, en realidad ocurrió, como dice la cita, a fines del XVIII. De hecho, los rusos llegaron a los esquimales en el Polo Norte aun más tarde en 1886, finales del siglo XIX, con los mismos resultados del primer impacto siglos antes. Podemos decir entonces que de principios del siglo XVI al XIX consistentemente en diferentes lugares de América, los cuerpos cabelludos de los invasores representaron un problema estético para los indoamericanos. El tiempo del choque cultural, por lo tanto, no cambió de inmediato entre los que los habían visto y la reacción hacia el cabello fue la misma a través de los siglos.

Un tiempo después de las primeras glorias que se anotaban los europeos por «descubrir un mundo» a su conocimiento, ya que América siempre supo de sí, los europeos empezaron a denigrar al continente ame-

2. James Wilson, *The Earth Shall Weep: A History of Native America*, New York, Grove Press, 1998, p. 262.

ricano. Ansiosos por proyectarse como civilizados buscando compararse con los americanos, fueron los primeros europeos en sus crónicas con su trasfondo medieval los que intentaron proyectar a los indoamericanos como a salvajes cabelludos para poder presentarse ellos mismos como superiores. Se acudió a las imágenes más antiguas de escritores clásicos como Plinio al describir a habitantes de lejanas tierras. Las leyendas populares de la Europa medieval hablaban del hombre salvaje que vivía en la selva ignorante de Dios y cubierto de cabellos. Este hombre «al hacerse visible su cuerpo deforme cubierto por pelo, era de hecho más bruto que los humanos.»³ Por lo tanto, “algunos escritores” que nunca habían venido a las Américas como Robert Johnson quien promovía a la Virginia Company, escribió que las Américas estaban «habitadas por cimarrones salvajes...que vivían de pie y echados en grupos como siervos en el bosque.»⁴ Aunque como afirma Kupperman, «ninguno de los que en realidad vinieron a América [EEUU]... los proyectó jamás como cabelludos»⁵, muchos concibieron a los americanos como a seres cabelludos como resultado de las primeras propagandas que se le hizo por muchos que ni siquiera habían visitado el Nuevo Continente. Como es natural, al imponerse la escritura desinformativa que controlaban, «muy raramente los escritores ingleses [o demás europeos] invirtieron los lentes para proyectar el interés indígena de la apariencia de los recién llegados.»⁶ No hubo una voz que se contrapusiera a la visión europea que aclarara que los americanos simplemente no eran cabelludos como se les proyectaba. La visión americana de los invasores se ahogó en la propaganda negativa sobre el “nuevo mundo”. ¿Quiénes eran entonces los verdaderos cabelludos que ambos lados parecían rechazar, los europeos o los americanos?

Al llegar a América otros europeos, pronto se dieron cuenta que mucho de lo que se decía de América, incluyendo el que eran cabelludos los americanos, era falso. La desinformación propagandista destinada a inferiorizar a los americanos parecía ser una simple justificación para futuros abusos. Pronto salieron otros libros informando que el americano en realidad no era cabelludo. Al sur del continente americano Jean de Léry, por ejemplo, buscando contraatacar esa imagen falsa dice al principio de su crónica que «esperaré hasta más adelante *para refutar el error de aquellos que nos qui-*

3. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, p. 78.

4. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early*, p. 78.

5. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 78.

6. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 58.

*sieran hacer creer que los salvajes estaban cubiertos con cabello.»⁷ Al otro extremo del continente el Padre Sagard, entre muchos otros, afirmaba lo mismo en su viaje a los Hurones en lo que hoy es Canadá (1623) indicando que «nuestros salvajes *no son cabelludos como algunos piensan.*»⁸ La imagen del americano cabelludo pronto fue atacada por otros europeos no españoles, ansiosos de desacreditar a España, que por lo menos habían visitado el continente y esta desinformación europea eventualmente desapareció.*

La intencionalidad desinformativa de algunas crónicas americanas proyectando a los americanos sin conocer su lengua o costumbres dio amplio lugar a la imaginación europea que en ocasiones inventaba realidades que después imponía en América. Al proyectar a los indoamericanos como a “salvajes,” “naturalmente” éstos tendrían cabellos por todas partes del cuerpo, tal como el hombre salvaje medieval que se habían imaginado en Europa, buscando imponer su imaginación en los indoamericanos haciéndolos igualmente salvajes y cabelludos.⁹ La ironía de esta aparente desinformación intencionada es que, basados en la realidad que vivían y veían ante ellos, esa fue precisamente la imagen que los indoamericanos aplicaron a los europeos proyectándolos como a seres raros, cabelludos y salvajes sin necesidad de una intencionada desinformación general.

Estética general del cabello

Los textos indoamericanos claramente indican que en la visión estética americana el cabello, en ciertas partes del cuerpo, no formaba parte de una visión placentera del ser humano. Una ligera lectura a las diferentes crónicas de América apuntan claramente a una estética de repulsión al cabello a través del continente americano. En el Brasil, por ejemplo, Léry notó que tal era la aversión americana al cabello en ciertas partes del cuerpo que «en cuanto les empieza a crecer cabello» «aun barbas o cejas o pestañas» se los sacaban con las uñas.¹⁰ Dice Medina que entre los araucanos de Chile y Perú existía también «*la práctica común... de arrancarse los pelos de la*

7. Jean de Léry, *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*, Berkeley, California UP, 1990, p. 27.

8. Gabriel Sagard, *Sagard's Long Journey to the Country of the Hurons*, New York, Greenwood Press, 1968, p. 138.

9. Véase a Andrew Sinclair, *The Savage: A History of Misunderstanding*, London, Cox & Wyman, 1977.

10. Jean de Léry *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*, p. 57.

cara con unas tenacitas.» Aprovechan sus ratos de ocio «y en buena conversación *están arrancando los pelos.*» Luego aclara que «esta costumbre de arrancarse los pelos de la cara» estaba fundada en «*sus ideas de estética y hasta de decencia, considerando que faltaban a ella los que traían sus cejas muy pobladas,*» ya que el «*tipo de hermosura araucana es que la ceja aparezca apenas diseñada por una línea.*»¹¹ Ya al final del siglo XIX aun se registraron casos donde aun las mujeres «*arrancaban el vello a su cuerpo, que tanto creen llevar las jóvenes araucanas el aseo que siempre apetecen i que merecen con justicia.*»¹² En otra área entre los Mapuches «*también rapan la patilla i el bigote i llevan la cabellera mui corta a fin de que sus enemigos no puedan tirarles por ella.*»¹³ El cabello en la cara era, entonces, no sólo una falta a la ética social y a la decencia pública, sino un factor físico visual que al obstruir la visión facial de una persona proyectaba una clara imagen de repulsión. Es decir, si el cabello en la cara faltaba a la “decencia visual” y en su visión estética aceptada se tomaban el tiempo para quitarse el cabello del rostro, podemos concluir que rechazaban a cualquier persona por sus cabellos faciales considerándola “fea”. Confirmando esta postura, en Norteamérica el apache Kaywaykla afirmó que «No puedo expresar *la repulsión con la que veíamos a personas con cabello en sus caras. Para nosotros era repulsivo, cosa de animales.*»¹⁴ Aplicadas estas normas estéticas y sociales a los extranjeros cabelludos que llegaban, la opinión de los indioamericanos sobre los europeos no pudo haber sido muy favorable en el principio.

Es así que cuando los españoles primeramente pasaron a tierra firme en el Darién, Gonzalo Fernández de Oviedo (1530) notó de inmediato y con detalle la diferencia del cabello entre ellos y los indioamericanos. Dice que «*todos los indios comúnmente son sin barbas, y por maravilla o rarísimo es aquel que tiene bozo o algunos pelos en la barba o en alguna parte de su persona, ellos ni ellas.*» Luego aclara que sí tienen cabello, pero «en las otras partes que los hombres acá las tienen y la mujer en el lugar y par-

11. José Toribio de Medina, *Los Aborígenes de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1952, p. 173.

12. José Bengoa, *Historia de los antiguos Mapuches del sur: Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*, Santiago de Chile, Andros impresores, 2003, p. 48.

13. José Bengoa, *Historia de los antiguos mapuches del Sur: Desde antes de la llegada de los Españoles hasta las paces de Quilín*, p.364.

14. Eve Ball, *In the Days of Victorio: Recollections of a Warm Springs Apache*, Arizona, The University of Arizona Press, 1992, p. 43.

tes que las mujeres suelen tener.»¹⁵ El estándar que se establecía al compararse de ambos lados era obvio. Por su parte, uno de los americanos haciendo la misma comparación llegaba a una conclusión opuesta, eran básicamente iguales a ellos porque tenían la misma forma, pero que los europeos «eran diferentes en *que tienen un color claro y cabello.*»¹⁶ Las diferencias entre ambas culturas se marcaron desde el principio y el cabello pasó a ser un factor que los diferenciaba. La estética indoamericana por lo tanto, no aceptó cabello en las partes visibles del cuerpo, sólo en la cabeza.

De este modo el factor del rechazo americano empezó a funcionar a medida que los extranjeros cabelludos invadían el continente en diferentes tiempos y lugares. Es así que Pero Vaz de Caminha con los portugueses en el Brasil, en su contacto con los indoamericanos (1500), también notó esta diferencia entre ellos y los indoamericanos y escribió que «*todos tenían los pelos afeitados hasta las orejas, y también las cejas y las pestañas.*»¹⁷ Esta versión indoamericana de lo que era un ser estéticamente aceptable con el rostro limpio sin cabellos la notamos también en el caso de Hans Staden, quien vivió entre los caníbales en Brasil. Aun como prisionero destinado a ser comido en unos días, los indoamericanos no pudieron tolerar sus pelos faciales, que al parecer lo hacían un platillo cabelludo repugnante, al contraponerse a su visión de un ser “normal” sin cabellos en las partes debidas. Dice Staden que al prepararlo para el almuerzo «vino una mujer que tenía un pedazo de cristal en una cosa que parecía un palo arqueado, *me cortó con ese cristal las pestañas de los ojos, pretendiendo cortarme también la barba.*» Staden protestó y dijo que «esto no lo pude aguantar y dije que me matasen con barba y todo.» Los caníbales, tal vez por tanto lloriqueo de Staden y tolerando su cara cabelluda inaceptable por un tiempo más, aceptaron por el momento dejarlo con sus cabellos antiestéticos en su cara y le dijeron que «aun no lo querían matar.» «Pero algunos días después», agrega Staden, «me la cortaron con unas tijeras que les habían dado los franceses.»¹⁸ Aun para este tipo de personas la cara cabelluda era claramente algo desagradable y nada placentero a la vista.

15. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Florilegio histórico de las Indias*, Asturias, Grupo Editorial Asturiano, 1992, p. 126.

16. Peter Nabokov, ed., *Native American Testimony. An Anthology of Indian and White Relations: first Encounter to Dispossession*, New York, Harper and Row, 1978, p. 28.

17. Pero Vaz de Caminha, «Los salvajes al natural», *Noticias secretas y públicas de América*, ed., Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984, p. 47.

18. Hans Staden, «Viviendo con los caníbales», *Noticias secretas y públicas de América*, ed. Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984, p. 176.

El efecto del primer impacto, como es de suponerse, varió entre los americanos según sus tradiciones. En el caso de México, por ejemplo, aun cuando se esperaba la llegada de un ser barbado y blanco como lo había sido su dios Quetzalcóatl, los americanos notaron de inmediato el cabello fuera de lugar. Fue una de las primeras características que llamaron la atención de inmediato y buscando una diferenciación física notaron que «*larga su barba es, también amarilla; el bigote también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado.*»¹⁹ La rareza de estas imágenes pálidas de la piel y cabelludas hace que los indoamericanos los vean con curiosidad y asombro en todo el continente.²⁰

Entre los mayas en Yucatán pasa lo mismo. Dice López de Gómara que «*tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban a tentarlos*»²¹ para asegurarse de que en realidad veían seres “barbudos”. Landa también afirma en esa área que «*los indios se espantaban de ver a los españoles y les tocaban las barbas y personas.*»²² No era sólo la rareza de estos seres apocalípticos que se aproximaban lo que los sorprendía, sino la confrontación con una realidad ilógica, imposible para ellos, de tener cabellos en la cara y otras partes inapropiadas del cuerpo, y por lo tanto había que tocarlos para cerciorarse de lo anormal de estos seres raros ante sus ojos. Lo mismo sucede mucho después en Nueva Inglaterra y en el oeste de Canadá. La irrupción de unos seres con una apariencia opuesta a su estética tuvo que haberlos asombrado en extremo. Entre los anglosajones, sin embargo, no faltó alguien que leyera la repulsión en forma opuesta. Dice Arthur Barlowe, por ejemplo, que «*los indios se maravillaban cuando*

19. Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 31.

20. En Norteamérica, por ejemplo, en el área de los Grandes Lagos los oriundos «*devoraban [a los primeros europeos] con sus ojos*», en 1660 in Green Bay los Potawatomis no «*se atrevían a mirar [a Nicolai Perrot] en la cara, y las mujeres y los niños lo veían a distancia;*» mientras que el Padre Caude Allouez se quejaba de que «*con frecuencia nos visitaban estas gentes... que no habían visto a un europeo antes, que nos arrollaban*» y después «*tropas de niños venían a ver al extranjero.*» En el área de Misisipí el Padre Marquette se quejaba de que «*toda esta gente no cesa de vernos. Se recuestan en el pasto sobre el camino; nos preceden, y luego retractan sus pasos para venir y vernos otra vez.*» James Axtell, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, New York, Oxford University Press, 2001, pp. 24-25.

21. Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1988, p. 21.

22. Diego de Landa, *Relación de la cosas de Yucatán*, ed., Miguel Rivera, Madrid, Información y Revistas, 1985, p. 44.

estábamos entre ellos, de nuestra blancura, siempre codiciando tocar nuestros pechos.»²³. Los pechos generalmente eran el área cabelluda y, considerando las citas previas, casi podemos asegurar que Barlowe leyó a estos americanos incorrectamente. No obstante, a pesar de algunas percepciones ego centristas, la imagen cabelluda de los recién llegados caras pálidas continuó siendo negativa.

Entre otros pueblos la reacción hacia los caras pálidas cabelludos fue de espanto ante algo inconcebible para ellos. En la invasión de Norteamérica, por ejemplo, cuando un pequeño Diné vio (1860) «a un hombre que venía con *grandes barbas blancas en toda su cara*», se asustó grandemente por ver escasa piel en su rostro, ya que «*la piel que se veía estaba alrededor de sus ojos*» solamente. En vista que «nunca había visto a un hombre blanco», corrió a casa y notificó a los demás que «*había visto algo allá afuera* caminando hacia los borregos.» Tal era el desconcierto ante este ser pálido y cabelludo que no alcanzó a darle nombre y sólo informa que «*se miraba como un hombre.*» Al indicar que se «miraba como hombre» decía en realidad que no lo era, ya que «*tiene lana por toda su cara.*» El cabello en la cara aquí también parecía ser un problema porque deformaba a los intrusos en esta primera impresión. El pequeño Diné justificó su desconcierto porque «pensaba que las barbas eran lana» y por lo tanto «*no estaba seguro que era un hombre...*» En este caso particular la lana cubría el cuerpo de los borregos, pero este ser con apariencia de humano estaba lleno de lana por todas partes y su forma no correspondía a la de los borregos. Aun cuando el forastero europeo se presentó ante el grupo de adultos, «*las mujeres no querían darle de comer.*»²⁴ No era tan sólo asombró y espantó en este caso, era la repulsión ante un ser cabelludo ajeno a su estética regional. Este pálido ser cabelludo no encontró acomodo estético en los niños ni en los adultos que lo contemplaron con recelosa curiosidad en este primer encuentro. En este caso, es mayor el rechazo inmediato por lo inaceptable de sus cabellos, que ante ellos lo hace ser feo, que la curiosidad de mirarlo por la novedad de su rareza.

La “mala cosa” cabelluda

Era tal la aversión al cabello, especialmente en la cara, que algunos indoamericanos crearon un folclor negativo dentro de sus propias tradiciones proyectando a un ser barbudo maléfico y feo como símbolo de la fealdad y

23. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 58.

24. Peter Navokov, ed., *Native American Testimony: An Anthology of Indian and White Relations: First Encounter to Dispossession*, p. 35.

de lo malo entre ellos. En México, donde ocurrió el primer gran choque de culturas, encontramos entre los michoacanos esta imagen. En el tiempo de Nezahualcóyotl (1470?), entre otros presagios ven a «un monstruo venir.» «Tenía dos manos como persona, y la cara ni más ni menos; *era feísimo.*» Una de las razones por la que era feo fue que «*sus cabellos el cuerpo cubrían...*»²⁵ Era un monstruo que llegaba entre ellos, a semejanza de una persona, y era cabelludo. Tales atributos lo catalogaban como “feísimo.” Si es que atribuían esta imagen a la llegada de los europeos proyectándolos como monstruos cabelludos, no sabemos, pero tampoco podían en su papel de subyugados decirles a los invasores europeos abiertamente que eran monstruos “feísimos” por razón de tener cabello por todas partes en sus cuerpos. Después de todo ya sabían de la matanza de Cholula y la del Templo Mayor en Tenochtitlán y no podían exponerse aun más provocando a los invasores. Lo que sí sabemos es que el cabello en sí parece determinar la fealdad en esta cultura y claramente los cabelludos aquí no eran estéticamente aceptados.

Un poco después (1530) al llegar los europeos a Norte América, se registró allí también una leyenda similar de un ser cabelludo rechazado por todos por su misteriosa llegada, su extraña forma, su ferocidad en contra de los americanos y su “fealdad” cabelluda. Dice Cabeza de Vaca que según los indoamericanos, «anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa» quien «era pequeño de cuerpo y que *tenía barbas*, aunque *nunca claramente le pudieron ver el rostro.*»²⁶ Ese “hombrecillo barbudo”, según los indoamericanos, «cuando venía a casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban... y luego aquel hombre entraba y tomaba lo que quería de ellos y dábales tres cuchilladas grandes...»²⁷ Quién o qué era la mala cosa, puede cuestionarse, pero era claro que ese mismo temor espeluznante era el que sentían los indoamericanos cuando llegaban los europeos a sus casas, tomaban lo que querían de ellos, los mataban al gusto sin que nadie lo pudiera impedir y no podían ver claramente su rostro porque estaba cubierto de barba. Para los indoamericanos el hombrecillo barbudo de la Mala Cosa era la perfecta metáfora que representaba a los barbudos extranjeros que llegaban de repente cuando querían, mataban a quien querían, eran barbados, su origen era desconocido y llegaban bañados de misterio con una potencialidad “milagrosa” de los “dioses” recién llegados igual que “la mala cosa.” De

25. Ángel María Garibay, ed. *Épica Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 66.

26. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, México, Colección Austral, 1942, pp. 68-69.

27. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, pp. 68-69.

hecho, es casi seguro que los indoamericanos les hubieran estado presentando a los que los destruían una alegoría de sí mismos para que vieran su proceder repugnante. En todo caso, con o sin la alegoría, el cabello en el hombrecillo era la marca incontestable como símbolo no sólo de un ser estéticamente repulsivo físicamente, sino también moralmente por sus acciones “diabólicas”. Era una queja del mal que los indoamericanos veían en los extranjeros que los invadían. Sin embargo, el cabello aquí ya parece reflejar un rechazo a sus acciones, un tipo de juicio moral en el que veían en los invasores una fealdad no sólo física sino también moral. Parece haber una asociación entre lo cabelludo y barbudo con lo peor y degradante que ellos conocían.

Mucho más adelante y bajando el continente, en el choque de la invasión de Chile (1874), entre los araucanos también encontramos a un tipo de personaje fúnebre a quien llamaban *huecubuyes* quien vivía aislado de todos en las montañas y estos personajes «andaban vestidos de unas mantas largas, *con los cabellos largos*» que vivían en «unas cuevas lóbregas en que consultaban con Pillán (que es el demonio).» Lo interesante del caso es que el cabello sobresale como la característica negativa ya que «los que no tenían» el cabello largo «traían postizos de cochayuyo o de otros géneros, para diferenciarse de los demás indios naturales.»²⁸ Esta parece ser otra implicación negativa de un “cabelludo” “demonio” segregado de los demás que, al igual que los extranjeros, hacía el mal. En todo caso, es el cabello en la cara el que produce el factor negativo del barbudo feo y diabólico entre los indoamericanos. La creación de este folklor indoamericano en diferentes lugares por medio de estas similares imágenes barbudas apunta a una consistente repulsión, no sólo del cabello en la cara, sino de los barbudos como “mala cosa.” Con una aversión directa al cabello y la invención en el folklor de un personaje símbolo negativo del cabello, no asombra entonces que al ver los indoamericanos por primera vez a los “barbudos caras pálidas” reaccionaran, no sólo con asombro, sino con espanto ante tanta “fealdad” cabelluda como muchos de ellos lo hicieron al enfrentarse por primera vez ante los invasores cabelludos.

Animales salvajes

Entre otros pueblos americanos, sin embargo, el horror al cabello facial pasó de asombro a juicio y aquí los americanos los contemplaron como a raros seres infrahumanos por razón de su cuerpo cabelludo. Si es

28. José Toribio de Medina, *Los Aborígenes de Chile*, p. 245.

verdad que en algunas culturas más desarrolladas del sur, el extranjero hombre barbado, fue relacionado de inmediato con el dios barbado que había de venir, según sus tradiciones, en Norte América se le vio en forma opuesta como a un animal salvaje al relacionarlo con los animales cabelludos que ellos conocían. En base a lo que veían, la asociación con los animales era más que lógica.

Los chinooks, por ejemplo, cuando vieron acercarse una “cosa extraña” a sus playas se aproximaron y vieron que «*un oso salió de la cosa extraña y se paró allí.*» Al notar su apariencia humana indicaron que «*se parecía como un oso, pero la cara era como la cara de un ser humano.*»²⁹ En esta asociación inmediata, nuevamente era la imagen de un animal salvaje la que vino primero, después se intentó asociarlo con los humanos por razón de su forma. La asociación con la selva y los animales con los que los indoamericanos bregaban diariamente colocaba de inmediato a los europeos en el papel de un primitivo inferior, de un ser salvaje no domesticado del monte.

En otra ocasión dos mujeres sioux vieron que algo salía del bosque. De la “negrura” de la selva «*vieron una criatura extraña saliendo.*» Aunque hicieron la asociación con el animal de la selva, les extrañó la vestimenta que traía, pues «*tenía un extraño sombrero negro, y botas, y ropa.*» Además notaron otras rarezas: «*Su piel era pálida, su cabello era amarillo, y sus ojos eran azules.*» Todas estas características no eran parte de su estética regional y no podían colocarlo ni dentro de los humanos ni fuera de ellos por la obvia apariencia humana. Pero era su objeción al cabello lo que las hacía verlo como un algo “feo” al intentar relacionarlo con seres humanos como ellas porque: «*Le crecía cabello bajo su nariz cayéndole sobre sus labios; su mentón estaba cubierto de cabello; tenía cabello por todas partes.*» Se siente ese alarmante énfasis por señalar esa rechazada diferencia con ellos por razón del cabello del ser extraño, señalando las partes donde tenía cabello y no debería tenerlo, según su estética humana. Es decir, para ellas era “feo”. Además, al notar que hablaba lo quisieron aceptar como humano, pero «*cuando habló,* y «*no pareció como el habla humana*» insisten con la imagen de un salvaje ya que no era normal como ellas y además «*nadie lo podía entender.*»³⁰

29. Richard Erdoes and Alfonso Ortiz, eds. *American Indian Myths and Legends*, New York, Pantheon, 1984, p. 229. Evento reportado en 1894, aunque seguramente sucedió mucho antes.

30. Richard Erdoes and Alfonso Ortiz, eds., *American Indian Myths and Legends*, p. 496.

Otro caso similar de otra tribu fortalece la imagen europeo-animal que se les dio en Norteamérica a los recién llegados. En este caso llegó un europeo y soltó su arma para evitar conflicto, los indoamericanos le hicieron círculo diciendo, «no lo mate ninguno de ustedes, *es un tipo diferente de hombre, analicémoslo por completo.*» Aunque aquí se aceptó como a “diferente hombre” la asociación general lo categorizaba con los animales. El hombre «era alto y su cabello le colgaba hasta los hombros.» Además, «*con excepción de su frente, ojos, y nariz, su cara estaba cubierta con una barba tupida.*» Y «*su pecho, sus brazos hasta el fin de sus manos, y sus piernas estaban cubiertas con un crecimiento cabelludo.*» Todo el cuerpo estaba cubierto de cabello tal como los animales salvajes que ellos conocían. Asombró además porque «nada parecido se había visto en la tribu», ya que «*sólo los animales eran de esta manera...*» Como una curiosidad sobresaliente «se lo llevaron con ellos, acamparon inmediatamente, y prepararon algo de comer» para el ser cabelludo. Al darle la comida vieron cómo la «*devoró como un animal hambriento.*»³¹ No se trataba tan sólo de un alguien diferente, sino de un ser anormal con características no humanas, ya que no se le «entendía cuando hablaba», tenía la «*apariencia de un oso*» y «*devoraba la comida como un animal.*» El abundante cabello en sus cuerpos animalizaba a los europeos ante los americanos.

Ya mucho después en el siglo XIX en el Polo Norte continuamos encontrando la misma reacción de primer encuentro siglos antes. En este caso también se les relacionó con otros animales que ellos conocían en su área geográfica. En esta ocasión fueron los rusos los que llegaron a Alaska (1886) y «nadie va a recibirlos» porque ambos se «tenían miedo.» Pero el asombro era mayor para los americanos y por lo tanto no se atrevieron ni siquiera a verlos directamente sino por medio de un alga o algún tipo de hoja, que los protegiera de ellos «como un lente de espía» porque «pensaban que *los rusos eran nutrias disfrazados de humanos.*» La imagen no era nada atractiva, pero el relacionarlos con los animales por razón del cabello era más que natural para ellos. Cuando un anciano se atrevió a ir al barco de los rusos y regresó, «*lo olían para asegurarse en que no se había convertido en una nutria humana de la tierra, y se rehusaron a comer la comida que trajo*» de los hombres raros.³² Y no olvidemos la cita arriba donde el Arikara pensó

31. Peter Nabokov, ed., *Native American Testimony: An Anthology of Indian and White Relations: First Encounter to Dispossession*, pp. 30-31.

32. Julia Blackburn, *The White Man: The first response of aboriginal people to the White Man*, London, Orbis, 1979, pp. 32-33. Al parecer, este encuentro en realidad fue con los franceses, no con los rusos.

que «debían ser ‘gente misteriosa’, quienes tal vez habían salido de la tierra o del cerro.» Los Arikaras y los esquimales probablemente justificaban la falta de color de los recién llegados al pensarlos nutrias que salían de la tierra sin el beneficio del sol. Sin embargo, aunque los eventos sucedieron; uno en Alaska, y los otros en los llanos de Norteamérica, la imagen de un ser irregular que emergía de la tierra era muy similar. Fue tal el asombro entre ellos que no pudieron identificarse con ellos completamente como seres humanos; y por su diferencia cabelluda les fue más fácil relacionarlos con los animales. Esto, a pesar de que los primeros encuentros masivos ya habían ocurrido en otro lugar y tiempo en 1521 con la llegada de Cortés a México.

El hecho de que los indoamericanos no tuvieran una abundancia de barba, bigote, etc., igual que en el caso del color blanco, resaltó la diferencia de inmediato. Los extraños que llegaban eran seres inferiores infrahumanos o animales. Y es que, como apunta Axtell, «*las barbas de los europeos y pechos cabelludos sostenían una fea fascinación ante las pieles tersas indoamericanos*», que aunque tenían gran curiosidad por contemplarlos por su rareza, no aceptaban su apariencia estética. Por eso es que se corrió el rumor de los blancos que llegaban de que,

...antes de que vieran al hombre blanco, los Potawatomis y Menominees alrededor de Green Bay creían que los franceses eran de una especie de hombre diferente a los demás, no porque su piel tenía uno o dos tonos más claros, sino porque ‘estaban cubiertos de cabello.’³³

No eran iguales que ellos, eran seres cabelludos anormales. Y no debe olvidarse la declaración de un apache citada arriba de que «*Para nosotros era repulsivo, cosa de animales*» tener cabello en la cara. El cabello era el factor que los diferenciaba y los evaluaba a primera vista. Después de todo, su visión estética partía de su propia cultura igual que en el caso de los europeos y sólo esta conclusión parecía aplicable. Dadas estas referencias, podemos inferir que para ellos el cabello en las partes presentables del cuerpo donde se centraba la vista para apreciar lo bello de una persona iba totalmente en contra de lo hermoso natural que diferenciaba a una persona de un animal. Después de todo como indicara Dykstra y Westerhoff, «el significado de la belleza ciertamente se determinará por la cultura de uno mismo

33. James Axtell, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, New York, Oxford University Press, 2001, p. 32.

y por diferenciar individuos en una cultura»,³⁴ y sólo se tenían a sí mismos y los animales para producir una apreciación de los cabelludos extranjeros que los invadían.

La barba

Otro aspecto cabelludo impactante en el choque de culturas fue la barba que chocó con la estética indoamericana ya que directamente cubría el rostro que presentaba al individuo. De la llegada de los anglosajones a Norteamérica, a la de Cortés en México, igual como a Centro y Sud América, la barba de los extranjeros captó de inmediato la atención negativa de los americanos. No pudieron acomodar la imagen de un ser barbudo entre ellos. De modo que cuando llegaron los europeos (1595) a la isla Magdalena, por ejemplo, «le miraban las barbas y rostros» y «mostrábanse confusos...»³⁵ Si bien en un principio no sabían cómo catalogar la cara barbuda de estos seres raros que llegaban, pronto su inicial desconcierto se convirtió en un negativo barómetro estético hacia los invasores. La barba pasó a ser un símbolo de fealdad, debilidad mental y física, horror, y temor hacia los recién llegados. Aunque hay algunas excepciones al encontrar a algunos americanos con barba, ésta no era la regla. Pigafetta al pasar por Guam, por ejemplo, ve que «van desnudos, *alguno con barba*, les cuelgan los negros cabellos hasta la cintura, aunque enlazados.»³⁶ La barba era el aspecto más repulsivo de su visión estética y pocas excepciones se encontraron.

Decía por eso el Padre Sagard, en su viaje a los Hurones en el área de Canadá (1623), que los hurones «*tienen tal horror de la barba, que en ocasiones cuando quieren ofendernos nos llaman Sascoinronte, es decir Barbudo. Además, piensan que hace a las personas más feas y debilita su inteligencia.*»³⁷ Los franceses eran por lo tanto feos, poco inteligentes y nada apetecibles para los americanos de ese área. En Brasil al capturar a un alemán, su barba también pasa a ser el símbolo del enemigo y están a punto de comérselo. De modo que «le cortan la barba, le sacan la ropa», y «se bur-

34. John Dykstra Eusden y John H. Westerhoff III, *Sensing Beauty: Aesthetics, the Human Spirit, and the Church*, Cleveland, U Church P, 1998, p. 21.

35. Pedro Fernández de Quirós, *Descubrimiento de las regiones australes*, Madrid, Dastin, 2000, p. 72.

36. Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, ed. Leoncio Cabreo Fernández. Madrid. Dastin, 2002, p. 73.

37. Gabriel Sagard, *Sagard's Long Journey to the Country of the Hurons*, p. 137.

lan de su dios.»³⁸ En este choque estético, las mujeres al divertirse y castigarlo buscan “despersonalizarlo” ajustándolo a su visión. De modo que «le sacan las pestañas», «la barba» y «lo inician en el mundo nativo, tornándolo lo mas parecido a ellos mismos: imberbe, desnudo...» y «con ornamentos que utilizan para sus rituales.»³⁹ Había que deshacerse de la otraedad para aceptarlo, aún cuando fuera en un platillo.

Esta denigración estética hacia los que los invadían, centrada en la barba, proyectaba una variedad de significados ofensivos a los blancos cabelludos, aun después del primer encuentro. Primero, estéticamente se les consideraba “feos” en su aspecto general, primordialmente por el cabello. Esta repugnancia de los hurones hacia aquellos con pelo en la cara la registró claramente el Padre Sagard al notar que «'uno de los salvajes más feos del distrito' se rió de los franceses con barbas y se preguntaba cómo podían ser tan feos y cómo cualquier mujer podía verlos favorablemente.»⁴⁰ Se entendía que no sólo en la estética masculina, sino también en la femenina, el cabello en el hombre en todas partes del cuerpo era un factor de clara fealdad.

Segundo, para los Hurones los invasores eran no solamente incuestionablemente feos sino más débiles que ellos. La debilidad física era otra consecuencia del cabello facial. Y es que después de convivir con los extranjeros por algún tiempo, los Hurones en el norte, concluyen que los franceses eran «físicamente más débiles que ellos mismos, como feos, especialmente por estar excesivamente llenos de cabellos, y por estar sujetos a estar deformes y a enfermedades.»⁴¹ Era una debilidad estética así como física la que veían en los seres cabelludos antes ellos.

Tercero, por la misma razón, se les estimaba menos inteligentes que ellos. Para los Tupinambás de Brasil, por ejemplo, «los portugueses pertenecían a un rango inferior» porque «no conocían la lengua...», y «necesita-

38. Valeria Rodrigues de Costa, «Entre lo diferente y lo semejante: Un viaje antropológico.», *Revista de crítica literaria Latinoamericana*. Año XXX, No 60, Lima-Hanover, 2do Semestre de 2004, p. 132.

39. Valeria Rodrigues de Costa, «Entre lo diferente y lo semejante: Un viaje antropológico.» *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, p., 130.

40. Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, New York, Columbia UP, 1976, p. 24.

41. Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, p. 24.

ban interpretes que los auxiliaran», y «era motivo de risa para los nativos.» Para ellos «el blanco era frágil, miedoso, cobarde.»⁴² Cuando consideramos que tenían que guiarlos para que no se perdieran y darles de comer casi en la boca, podemos entender la imagen negativa que se tenía de ellos. Sin embargo, volviendo al cabello, los hurones les decían a los franceses que «*si no tuvieran barbas tendrían casi tanta inteligencia*» que los que no tenían y por lo tanto «*consideraban a sus niños sabios y más inteligentes*» que a los europeos.⁴³ Colin G. Calloway agrega que en Nova Escocia también «hay evidencia para sugerir que muchos indios tradicionalmente ven las barbas y la cabellera como *un signo de inteligencia limitada.*»⁴⁴ Los barbudos eran simplemente menos inteligentes y más feos. Aunque con significado un tanto diferente, entre los habitantes de Jamestown «los indios también llamaban a cualquiera entre ellos que tuviera ‘tan sólo la apariencia de barba’ un ‘bastardo de los ingleses.’»⁴⁵ La evaluación abstracta negativa que medía la inteligencia del invasor también surgía como un derivado de su propio cabello haciéndolos superiores ante los caras pálidas que los invadían.

La visión americana del cabelludo europeo sin mucha inteligencia o belleza humana, hasta cierto punto era natural. Después de todo, los americanos simplemente estaban relacionando a estos seres cabelludos con los animales del bosque que ellos cazaban y conocían bien. Por lo tanto, se “entendía” que su inteligencia fuera limitada como la de un animal salvaje. Además, al notar la facilidad con la que los asesinaban sin ningún motivo, tuvo que causarles terror, ya no sólo la barba sino el barbudo que los destruía inhumanamente sin motivo como lo hacían las fieras. Una fealdad moral parecía acompañar a estos seres cabelludos. Por esto, como se notó arriba, «Tienen tal *horror de la barba*» que la usan para “insultarlos” llamándolos “barbudos” que los hace gente «*fea y que debilita su inteligencia.*»⁴⁶ Los franceses, de este modo, pasaron a ser “feos” “débiles” y sin mucha “inteligencia” en los ojos de estos indoamericanos quienes constantemente

42. Valeria Rodrigues de Costa, «Entre lo diferente y lo semejante: Un viaje antropológico», *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, p. 129.

43. Gabriel Sagard, *Sagard's Long Journey to the Country of the Hurons*, p. 138.

44. Colin G. Calloway, ed., *Dawnland Encounters, New England, UP New England*, 1991, p. 50.

45. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 56. Véase este interesante capítulo sobre «Leyendo los cuerpos indígenas.» pp. 41-76. Aquí Kupperman trata sobre los factores estéticos de los indios de Jamestown tales como la pintura en su cabello, en sus cuerpos y la ropa que usaban.

46. Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe* 24. Cita al Padre Gabriel en *The Long Journey to the Country of the Hurons*.

los ofendían llamándolos “barbudos.” De modo que al llamarlos así, en realidad los estaban llamando “tontos,” “débiles” y “feos” no aceptados.

Siendo esta la estética general, los americanos buscaban deshacerse de todo cabello facial desde la infancia. Por eso decía Landa que los mayas «no criaban barbas y decían que les quemaban los rostros sus madres con paños calientes siendo niños, para que no les naciesen.»⁴⁷ En el área de Brasil, Cabral también registró que «los hombres... se depilan la barba, los párpados y las cejas, y las mujeres muy bellas, ‘dejan caer sus cabellos sobre los hombros.»⁴⁸ Ser barbudo parecía ser una ofensa estética notable.

Tal era el caso con este término ofensivo que aún mucho después se preservó la palabra con la misma intención de ofender a los invasores igual que en el principio. En este caso, la encontramos en una de las presentaciones teatrales de los incas escrita después de la invasión.

Barbudo, adversario, hombre rojo

.....

piérdete, regresa a tu tierra,

barbudo enemigo, hombre rojo.

Hombre rojo que ardes como el fuego

y que en la quijada llevas densa lana,

me resulta imposible

comprender tu extraño lenguaje.

.....

Barbudo, enemigo, hombre rojo

¿de dónde llegas extraviado

a qué has venido,

qué viento te ha traído,

qué es lo que quieres

aquí en mi casa, aquí en mi tierra?⁴⁹

La connotación amarga en el término “barbudos” acompañada del contexto de invasores que venían a una tierra ajena donde mataban y destruían a gusto y sin razón, igual que “la mala cosa,” intensifica el significa-

47. Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Cien de México, 1994, p. 114.

48. Michel Mollat, *Los exploradores del siglo XIII al XVI: Primeras miradas sobre nuevos mundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 153.

49. «El fin de Atahualpa», *Noticias secretas y públicas de América*, ed. Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984, pp. 155-56.

do peyorativo que los incas daban a los barbudos que los invadieron y destruyeron.

El cabello iba a diferenciarlos drásticamente no sólo en la atracción física de los extranjeros, sino en la religión de los barbudos que también se encontraba llena de santos y religiosos barbudos que les iban a imponer más adelante. Es por esta razón que el misionero Garnier, después del primer encuentro, al ordenar “pinturas sagradas” de Francia las pidió con cara limpia, sin barba o pelo rizado.⁵⁰ Y no hay que olvidar el folklor indoamericano mencionado arriba donde la barba del monstruo de Nezahualcóyotl lo hace ver “feísimo;” y la “Mala Cosa” de la que habla Cabeza de Vaca donde también es la barba la que lo caracteriza como un algo maléfico y diferente a ellos.

Fue tal la antipatía por la barba, que aún después cuando los misioneros llegaron a indocinarlos continuaron resistiéndola. El *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*, por ejemplo, muestra a un Cortés «sentado en una silla, con rostro sonriente, sin barbas y con sombrero.»⁵¹ Es interesante que los de Tlaxcala, con quienes entabló amistad en contra de Moctezuma porque le dieron la victoria sobre los aztecas, hayan sido los que lo retocaran para “embellecerlo” quitándole las barbas. Una vez más en este caso, es evidente la insistencia negativa del cabello en ciertas partes del cuerpo y especialmente en la cara que caracterizaba a los europeos como “feos” por ser éstos seres cabelludos.⁵² Sin embargo, esto fue ya después del primer choque del encuentro. De hecho, ya más adelante, gradualmente los indoamericanos fueron ajustando su visión estética a los extranjeros en varios

50. Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, p. 24.

51. *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*. Jorge Gurría Lacroix, ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, p. 18.

52. Una notable excepción al respecto que debe notarse, es que en el área de la presente Argentina, según sus cronistas, se encontró un grupo de “barbados americanos”. Dice González del Prado que con Mendoza en el área de Tucumán «fuimos a la provincia de los comechingones, que es *la gente barbada* y muy belicosa» (Raúl Mandrini, *Argentina Indígena: Los aborígenes a la llegada de los españoles*, Buenos Aires: Centro Editorial de América Latina, 1983, p. 58). Cieza de León reporta también que en el mismo área conocieron a un grupo con gente «de poco lustre, *barbados*» muy prósperos (61). Alonso de Barzana en el área de Tucumán y Paraguay dice que bautizaron a muchos indoamericanos y que «todos estos indios es gente *barba[da?]*, como los españoles» (81) [énfasis agregado]. «Sin embargo, este grupo de “barbudos” parece ser la excepción y no la regla, y parece que sólo se encontraron es este lugar.

aspectos. Uno de ellos fue su visión estética de la pintura en la que gradualmente se deja ver el cambio y la influencia europea a la que se ajustaban los pintores indoamericanos.⁵³

Finalmente, debe notarse un aspecto más sobre la barba. Torquemada señala un caso en donde los indoamericanos acostumbraban sobre imponerse barbas postizas imitando a los europeos. Dice que:

Usaban estos indios de Amaxocotla, traer las barbas postizas, hechas de oro, plata o cobre; y para esto *se quitaban las pocas que le concedió naturaleza*. Traían presas las postizas con unos clavitos algo larguillos, con una cabezuela ancha, como de medio real; y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca.⁵⁴

Los buenos frailes al ver que eran de oro las barbas postizas «mandáronles que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilación y del oro, plata y cobre,...» se hicieron «diez y siete campanas...»⁵⁵ Torquemada no dice más al respecto, pero esta costumbre parece más acercarse al baile de los *Hue-Hues* que algunos indoamericanos de la región del sur de México practicaban mucho más tarde y que a la vez continúa mostrando su rechazo al barbudo español usando el antifaz cabelludo. En este baile los indoamericanos se disfrazaban de mestizos con barbas y vestimenta para indicar al que no era de ellos, al mestizo, al de afuera, un tipo de burla al que aceptara las costumbres europeas, un rechazo de los europeos y mestizos señalado con el cabello. Esta tradición sigue en pie hoy día en algunos lugares. La barba, sin embargo, en el tiempo del encuentro fue un factor estético valorativo por medio del cual se rechazaba a los caras pálidas recién llegados.

53. Por ejemplo, dice Aguilera comentando ese cambio estético en su análisis del *Códice de Huamantla* que ya: «Las deidades antiguas están pintadas de manera tradicional y los españoles, ya no son dioses, se representan de manera más naturalista, con pliegues, en sus ropajes, vuelos en sus capas y en su rostro se inicia el arte del retrato. El cuerpo de las figuras todavía se pega al esquema tradicional prehispánico, el rostro de perfil, el torso de frente y las extremidades de nuevo de perfil, con la cabeza muy grande, pero ya están mejor articuladas las extremidades... Los pies, cuando los tienen, están vistos desde arriba, un rasgo ya occidental, y las posturas, también por influencia europea son mucho más variadas.» Carmen Aguilera, *Códice de Huamantla*, Tlaxcala, Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, no da fecha, p. 48.

54. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana de los veinte y un libro rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 449.

55. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, p. 449.

El uso del cabello en América

Debe notarse, sin embargo, que el cabello como factor estético era importante en las Américas. De hecho, el indoamericano parece hacer gala del cabello en las partes apropiadas del cuerpo: la cabeza. El cabello en sí no era el problema, sino dónde crecía. Entre los araucanos entre Chile y Perú, por ejemplo, dice Medina que las mujeres «ponen toda su gala» en sus «cabelleras» donde *pueden lucir todo tipo de adornos como piedras preciosas*.⁵⁶ Aguilar también registra en su *Crónica de Chile* que *«las mujeres se precian de traer los cabellos largos y negros, y ellos por consiguiente.»*⁵⁷ Al otro lado en la Argentina, Pigafetta se impresiona con las mujeres que ve porque *«les cuelga el pelo, negrísimo, hasta la cintura...»*⁵⁸ En otra región ve que las mujeres «son bellas, delicadas y más blancas que los hombres, *con los cabellos sueltos y largos, negrísimos, hasta los pies.»*⁵⁹ El cabello era un factor estético de orgullo usado adecuadamente, especialmente entre las mujeres.

En el caso de los hombres la situación cambiaba según la costumbre. Entre los incas, por ejemplo, se buscaba una cabellera corta para el hombre. Tal es el caso que cuando el jefe de armas pide permiso al Inca para matar a los españoles capturados «porque eran dioses falsos...de una tribu diferente», dice que «todos deberían ser muertos salvo tres». Uno era un peluquero que debía salvarse *«porque al afeitarse a los hombres los hace tomar un aspecto maravillosamente joven y les corta el pelo.»*⁶⁰ Su aversión al cabello inapropiado le hacía ver los beneficios que podía contribuir entre ellos. En ambos casos el cabello es cuestión de estética: la mujer lo luce largo proyectando en él belleza femenina, mientras que el hombre proyecta su masculinidad en el corte.

Por otro lado, aunque en forma diferente, los mayas más al norte también lucían sus largas cabelleras con orgullo. Ponían *«mucho empeño en el peinado y cuidan con gran preocupación de su cabello pues consideran que en él se acumula la fuerza de la vida.»* Aunque mujer y hombre usaban el pelo largo, el peinado era diferente entre ambos sexos. En todo caso, *«siempre se trata de utilizar el cabello como un medio para aumentar la*

56. José Toribio de Medina, *Los Aborígenes de Chile*, p. 175.

57. Jerónimo de Vivar, *Crónica de los reinos de Chile*, Madrid, Información y Revistas, 1988, p. 64.

58. Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, p. 78.

59. Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, p. 74.

60. Victor W Von Hagen, *Los Incas: Pueblo del Sol*, México, Mortiz, 1993, p. 107.

donosura.»⁶¹ Aquí también, el cabello largo en la cabeza era aun más propio para la mujer que para el hombre. Cuando Oviedo pasó a Tierra Firme también notó que «algunos indios se tresquilan, aunque *comúnmente ellos y ellas se precian mucho del cabello, y lo traen ellas más largo hasta media espalda, y cercenado igualmente y cortado muy bien por encima de las cejas...*»⁶² Parece haber un claro intento estético por medio de su cabello y su corte.

En Norte América también podemos ver la importancia del cabello largo en la cabeza. En 1605 en su choque con los Abenakis en Maine, George Waymouth registró que «no permiten que les crezca el cabello en sus caras, pero sí en sus cabezas muy largo y muy negro...»⁶³. De hecho, el corte de la cabellera larga de los Powhatan con su mechón largo llegó a ser tan popular, aun entre los ingleses, que muchos empezaron a usarlo en Inglaterra como un estilo del día. «Francis Higginson reportó especulaciones que la moda de usar un largo mechón en boga entre los jóvenes ingleses era una consiente imitación del corte asimétrico del barón powhatan.»⁶⁴ En 1617 se citaba a Sir Thomas Dale sobre la creencia de los colonos de que «la moda 'fue tomada de estos salvajes' y se creó una controversia porque, según los colonos, «los cristianos imitaban a los salvajes y estos imitaban al demonio.'» «Sin embargo, la moda continuó.»⁶⁵ El cabello largo en la cabeza consistentemente apuntaba hacia la misma postura general de una estética donde el cabello era apropiado para la cabeza para proporcionar una imagen placentera a los ojos.

Por otro lado, era tal el orgullo por su cabellera larga, que los puritanos anglosajones la vieron como un símbolo de arrogancia que ofendía su sensibilidad religiosa que hipócritamente buscaba controlar el cabello de los indios sin comentar el robo y matanza que hacían entre ellos. Y es que entre los anglosajones de la Nueva Inglaterra «nada simbolizaba la identidad del indio –su independencia, su sentido de superioridad, su orgullo– más efectivamente que su cabello largo... Porque el cabello largo prontamente simbolizó la profunda afrenta al cristianismo anglosajón...»⁶⁶ Aparentemente, las cabelleras largas de los indoamericanos produjeron algún tipo de complejo

61. Demetrio Sodi M., *Los Mayas: vida, cultura y arte a través de un personaje de su tiempo*, México, Panorama, 1991, p. 20.

62. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Florilegio histórico de las Indias*, p. 127.

63. Colin G. Calloway, *Dawnland Encounters*, p. 39.

64. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 74.

65. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 74.

66. James Axtell, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America* 156-157. Véanse las páginas 156-158. Dice Axtell que «el cabello largo simbolizaba

de inferioridad estética que los anglosajones traducían en orgullo ante su Dios parcial. No obstante, el cabello largo en la cabeza a lo largo del continente generalmente proyectaba honra o hermosura; y, en el caso de los puritanos, arrogancia estética que estos condenaban en su falsa humildad puritana.

Algunas digresiones

Dicho todo esto, sin embargo, deben considerarse ciertas digresiones graduales a la estética indoamericana que también se registran, aunque éstas se desarrollaron mucho después del encuentro. Dentro de este contexto histórico al correr de los años gradualmente empezó a funcionar la poderosa dinámica del poder que daba mayor prioridad a las necesidades físicas inmediatas que a la de un simple gusto abstracto que ya no alcanzaba afectarlos en vista de que ellos ya no formulaban las reglas como pueblo vencido. Una transformación empírica de la belleza había cambiado la primera visión. Un caso por excelencia es el de los tlaxcaltecas «quienes estuvieron siempre sujetos a privilegios y distinciones que nunca se hicieron extensivos al resto de la población indígena», y que como eran los que en realidad efectuaron la conquista de los aztecas, lógicamente se sentían parte de los vencedores. «Esta situación hizo que se sintieran españoles y se avergonzaran de haber tomado las armas en contra Cortés.»⁶⁷ Aunque esto puede implicar el querer ser estéticamente semejante a los españoles, el contexto histórico parece relacionar esa sensación más con la sensación del poder y control que los tlaxcaltecas pudieron sentir sobre los vencidos al asociarse con los españoles como aliados en la invasión, que por razones estéticas. De este modo, la barba ahora podía tolerarse porque los del poder eran barbudos y había que sobrevivir entre ellos.

Otro aspecto de esta estética práctica que modulaba la dinámica del poder, fue la situación a la que la nobleza indoamericana tuvo que enfrentarse después de la invasión. Asesinada la nobleza indoamericana por los europeos en los grandes imperios, no quedó linaje para las mujeres nobles ni para sus hijos más adelante. La dinámica del poder forzó a los indoamericanos a subyugarse a los extranjeros, o intentar tomar ventaja de la situación

orgullo para el Inglés» y por lo tanto «en la cosmología cristiana, el indio orgulloso –vagando, sin ley, e impredecible– ocupaba el lugar más alto: estaba esponjado con importancia de sí mismo, inflado con un falso sentido de superioridad, e incorregible por la ley, el trabajo, o religión no diferente al Diablo a quien se le enseñaba a adorar.», p. 158.

67. *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*, p. 16.

para mejorar su situación y asegurar un futuro para su descendencia. Los europeos también, viendo la oportunidad de adueñarse de las propiedades de la nobleza americana, buscaron matrimonios de conveniencia con los americanos. La *Crónica Mexicayotl*, por ejemplo, registra una considerable cantidad de parejas nobles indoamericanas que fueron desposadas con europeos, tanto mujeres como hombres que respondían claramente a una manipulación de conveniencia socioeconómica.⁶⁸ En Nueva Inglaterra algunos indoamericanos, buscando también congraciarse con los anglosajones que buscaban erradicarlos de inmediato de su cultura, buscaron imitarlos en lo posible. Según Brereton, algunos indígenas que él conoció «traían barbas artificiales 'de cabello de bestias y unos de ellos ofrecieron una de las que hacían a uno de nuestros marinos.'»⁶⁹ Si bien esto sucedió en un intento de integración y sobre vivencia, nada de esto ocurrió en el primer choque de culturas aquí tratadas, sino mucho después.

Conclusión

La novedad de unos seres totalmente diferentes subrayó diferencias y cada cultura definió al enemigo según su experiencia y gusto. Aunque los indoamericanos vieron al enemigo como a un ser feo horriblemente raro al principio, esta postura cambió eventualmente después del primer impacto, como ya se ha notado. Ya subyugados los indoamericanos no podían expresarse abiertamente por un lado, y por el otro, la búsqueda de beneficios los hizo cambiar de postura. Además, al verlos continuamente los barbudos pasaron a ser “normales” entre ellos. El jesuita Pierre Biard captó ese cambio gradual de la imagen de los europeos entre los indoamericanos en Nueva

68. A don «Martín Cortés Nezahaltecolotzin, se le envenenó aquí, en camino de los mexicanos, cuando regresaba de España» porque «sintieron envidia» porque «traía él acá a su esposa española.» En otro caso Da. Francisca de Motheuczuma, «nomás también mujercita de nombre», «se la desposó un “Español Conquistador”, su nombre de él “Dn. Chritóval Valderrama.” La hija de esta pareja pasó a ser mestiza, pero aún dentro del poder tanto del lado europeo de su padre como de la nobleza de su madre, “ésta `Mestiza` se la desposó otro `Español` de nombre Dn. Diego Sotelo” (154). A Doña Leonor de Motuczuma Tecuichpochtzin “esta princesa, según dicen los ancianos” se la llevó Cortés y de ella nació “Doña María Cortés de Moteuczuoma”, princesa ésta `Mestiza` a quien desposó un `minero,` después Juan de Turosas y finalmente la posee “otro español conquistador” llamado Pedro Gallego (156). Doña Isabel de Motuczuma se casó con “otro español conquistador”, y después se casó una segunda vez con “otro español conquistador”» (157). Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicayotl*, trad. Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 151.

69. Karen Ordahl Kupperman, *Indians and English: Facing Off in Early America*, p. 56.

Escocia: «Me han dicho con frecuencia», decía el padre, «que *al principio les parecimos a ellos muy feos con cabello sobre nuestras bocas y cabezas.*» Con el tiempo, sin embargo, «*gradualmente se han acostumbrado a ello, y ahora empezamos a parecerles menos deformes.*»⁷⁰. Pero todo esto, repetimos, fue mucho después del tiempo del primer impacto. Sí, eran feos según su barómetro estético, pero eventualmente los aceptaron como a tales.

Podemos concluir entonces que no era el cabello en sí lo que rechazaban los indoamericanos, sino las “partes inapropiadas” donde se lo dejaban crecer los europeos. Seguramente en su asociación inmediata de los recién llegados caras pálidas con los animales del monte buscaban diferenciarse de los animales que conocían y el cabello era una característica obvia a la vista. El hecho que los extranjeros eran blancos sólo resaltó el cabello como característica de fealdad en los seres que los invadían. Debe recordarse, después de todo, que a pesar de los graduales cambios más tarde, en las imágenes del primer encuentro «el color de la piel de los extranjeros era menos notable que su ser cabelludo; *para los nativos pieles tersas, las barbas, pechos y miembros cabelludos eran simplemente inurbanos, signos de poca inteligencia y poca hombría.*»⁷¹ Por lo tanto, el cabello jugó un papel importante en el choque de culturas en el que a los europeos simplemente se les vio como feos y poco inteligentes por razón del cabello. El cabello fue entonces un factor determinante para rechazar al europeo en el primer choque cultural como a un ser no apetecible dentro de la visión estética indoamericana.

De este modo, con la misma arma desinformativa que pretendían los europeos atacar a los indoamericanos como al «cabelludo hombre salvaje de la leyenda medieval»⁷² europea, los indoamericanos tildaron a los europeos como a los «animales salvajes cabelludos» que irrumpían grotescamente en la estética indoamericana que no pudo verlos estéticamente placenteros en el choque del primer encuentro.

Josué Sánchez Ph.D.
The Westminster Schools, Atlanta GA USA

70. Colin, G. Callaway, *Dawnland Encounters*, p. 50.

71. James Axtell, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, p. 296.

72. Jean de Léry, *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*. Nota número 3, p. 238. Véase también *The Wild Man in the Middle Ages* de Richard Bernheimer y *The Savage: A History of Misunderstanding* de Andrew Sinclair.

Bibliografía selecta

- Aguilera, Carmen, *Códice de Huamantla*, Tlaxcala, Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, no da fecha.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando, *Crónica Mexicayotl*, trad. Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.
- Axtell, James, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, New York, Oxford University Press, 2001.
- Ball, Eve, *In the Days of Victoria: Recollections of a Warm Springs Apache*, Arizona, The University of Arizona Press, 1992.
- Bengoa, José, *Historia de los antiguos Mapuches del sur: Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*, Santiago de Chile, Andros impresores, 2003.
- Blackburn, Julia, *The White Man: The first response of aboriginal people to the White Man*, London, Orbis, 1979.
- Calloway, Colin G. ed., *Dawnland Encounters. New England*, UP New England, 1991.
- Dykstra Eusden, John y John H. Westerhoff III, *Sensing Beauty: Aesthetics, the Human Spirit, and the Church*, Cleveland, U Church P, 1998.
- de Léry, Jean, *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*. Berkeley, California UP, 1990.
- de Landa, Diego, *Relación de la cosas de Yucatán*. ed., Miguel Rivera, Madrid, Información y Revistas, 1985.
- de Medina, José Toribio, *Los Aborígenes de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1952.
- de Torquemada, Juan, *Monarquía Indiana de los veinte y un libro rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- de Vivar, Jerónimo, *Crónica de los reinos de Chile*, Madrid, Información y Revistas, 1988.
- Erdoes, Richard y Alfonso Ortiz, eds., *American Indian Myths and Legends*, New York, Pantheon, 1984.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Florilegio histórico de las Indias*, Asturias, Grupo Editorial Asturiano, 1992.
- Fernández de Quirós, Pedro, *Descubrimiento de las regiones austriales*, Madrid, Dastin, 2000.
- Garibay, Ángel María, ed., *Épica Náhuatl*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.
- Gurría Lacroix, Jorge, ed., *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.
- Jaenen, Cornelius J., *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, New York, Columbia UP, 1976.
- León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

- López de Gómara, Francisco, *Historia de la Conquista de México*, México, Porrúa, 1988.
- Mandrini, Raúl, *Argentina Indígena: Los aborígenes a la llegada de los españoles*, Buenos Aires, Centro Editorial de América Latina, 1983.
- Mollat, Michel, *Los exploradores del siglo XIII al XVI: Primeras miradas sobre nuevos mundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Nabokov, Peter. ed., *Native American Testimony. An Anthology of Indian and White Relations: first Encounter to Dispossession*, New York, Haper and Row, 1978.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar, *Nafragios y Comentarios*, México, Colección Austral, 1942.
- Ordahl Kupperman, Karen, *Indians and English: Facing Off in Early America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000.
- Pigafetta, Antonio, *Primer viaje alrededor del mundo*, ed. Leoncio Cabreo Fernández, Madrid, Dastin, 2002.
- Rodríguez, Juan Freile, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, ed. Jaime Delgado, Madrid, Dastin, 2000.
- Rodrigues de Costa, Valeria, «Entre lo diferente y lo semejante: Un viaje antropológico.» *Revista de crítica literaria Latinoamericana*. Año XXX, No 60, Lima-Hanover, 2do Semestre de 2004.
- Rodríguez Monegal. Emir, Ed., «El fin de Atahualpa», *Noticias secretas y públicas de América*, Barcelona, Tusquets, 1984.
- Sagard, Gabriel, *Sagard's Long Journey to the Country of the Hurons*, New York, Greenwood Press, 1968.
- Sinclair, Andrew, *The Savage: A History of Misunderstanding*, London, Cox & Wyman, 1977.
- Sodi M., Demetrio, *Los Mayas: vida, cultura y arte a través de un personaje de su tiempo*, México, Panorama, 1991.
- Staden, Hans, «Viviendo con los caníbales», *Noticias secretas y públicas de América*, ed. Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984.
- Vaz de Caminha, Pero, «Los salvajes al natural», *Noticias secretas y públicas de América* ed., Emir Rodríguez Monegal, Barcelona, Tusquets, 1984.
- Wilson, James, *The Earth Shall Weep: A History of Native America*, New York, Grove Press, 1998.
- Von Hagen, Victor W., *Los Incas: Pueblo del Sol*, México, Mortiz, 1993.